

EL OBRERO MUNICIPAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Secretaría número 25,
Casa del Pueblo, Piamonte, 2

Órgano de la Agrupación de Obreros Municipales, Similares y Afines
Sección de la Unión General de Trabajadores

Año II.

Madrid, 1 de mayo de 1928

Núm. 19

DIRECTOR:
CEFERINO ORTIZ COLMENERO
Toda la correspondencia se
dirigirá a este compañero



NUMERO EXTRAORDINARIO

POR BUEN CAMINO

Por fin los trabajadores de las corporaciones públicas se deciden a colaborar en la obra redentora de su clase, conviviendo en el mismo domicilio social con los demás trabajadores organizados.

Ya no serán los obreros y empleados municipales instrumento del capitalismo y de la autoridad contra los mismos trabajadores cuando éstos tengan que reñir batalla con sus seculares enemigos. Trabajo costó arrancarles la venda que cubría los ojos de su inteligencia y les impedía ver claro en el problema social.

Acostumbrados a vivir en medio de un ambiente de corrupción e inmoralidad, llenos de un espíritu de adulación que rebaja el sentimiento siempre noble de la gratitud y denigra la personalidad del individuo, se creían obligados

a prescindir de su personalidad moral y espiritual para postrarse servilmente a los pies de aquellos que por procedimiento electivo o por nombramiento de la corporación son sus jefes.

Obedecían ciegamente sus órdenes, aun aquellas que no tenían relación con el trabajo y mancillaban su dignidad. No eran hombres, eran instrumentos que se movían maquinalmente a impulsos de la voluntad ajena. Esta era su esclavitud, la

cadena que les oprimía. Afortunadamente se van librando de ella.

Ya respiran con cierta libertad; ya pueden hablar, escribir, votar sin temor a que ser fiel a su conciencia pueda costarle el destino, que es el pan

de sus hijos y su porvenir. Es este un progreso en las costumbres de la vida de nuestra corporación municipal, una conquista moral de más valor siempre que las materiales, porque lo primero que tiene que emancipar el hombre es su espíritu, su alma: es obra de la intervención del partido socialista en la vida municipal.

Y no teman los espíritus timoratos, rutinarios, por la disciplina; no crean que el hecho de que los altos y los bajos empleados recaben su libertad para pensar y obrar en aquellas que son atributo de la conciencia rebaje la disciplina de los empleados y los trabajadores en aquellas cosas que afectan a la vida del traba-

jo, al cumplimiento de sus obligaciones. El hombre que se rebela contra las imposiciones injustas, tanto en el orden del trabajo como en el de las ideas, es generalmente el más asiduo cumplidor de sus deberes. La disciplina hay que mantenerla, pero en aquellos usos necesarios y que afecten al obrero de la corporación y a la vida de la ciudad, no en aquellas otras que afectan al imperio de la conciencia libre.

UN DEBER

Los obreros municipales, que tienen los mismos intereses y las mismas aspiraciones que los demás trabajadores, no deben prestarse nunca a sustituir huelguistas, sean del oficio que fueren.

Quienes les manden cometer ese acto indigno, que ninguna ley ordena, deben ser desobedecidos.

Y para que nadie pueda vengarse de ellos por no haber ocupado los puestos de quienes son sus compañeros, sus amigos, sus hermanos, deben vivir siempre unidos formando un bloque indestructible.

Así, no sólo cumplen lo que reclama la solidaridad obrera, sino que impiden se los trate cual si fueran esclavos.

PABLO IGLESIAS

Seguid el camino emprendido, obreros y empleados municipales; aproximaos cada vez más a la familia proletaria, a la que pertenecéis, aunque os llaméis empleados y llevéis corbata y camisa planchada; no olvidéis que el mundo camina en su evolución en sentido favorable a la implantación del socialismo, que reivindique para el pueblo todos sus derechos; es una cosa fatal que no debe sorprenderos porque os perjudicaría; seríais víctimas luego de vuestros propios errores.

Cumplid con vuestro deber en la oficina y en el trabajo; dad todo el rendimiento de que seáis capaces a la colectividad; respetad a los jefes que lo merezcan porque sean discretos y justos en su función directora y porque os respeten a vosotros, pero todo ello en la vida del trabajo, en el cumplimiento de la obligación; pero luego, como ciudadanos, seguid el rumbo que os señale vuestra conciencia.

Y no olvidéis que sin estar unidos y disponer de la solidaridad de los demás trabajadores no seréis respetados. No os fiéis del halago de los concejales burgueses, que son vuestros peores enemigos.

MANUEL CORDERO

EL "AMARILLISMO"

Tiene una lógica explicación que la clase capitalista se defiende, no diremos que bravamente, puesto que tiene a su favor todos los elementos de fuerza y represión, que costeamos todos, y sólo están luego a la devota disposición de aquélla; por eso, como con buen serrucho bien se sierra, no está el mérito en la ofensiva y defensiva patronal, sino en las filas combatientes de la clase oprimida, de la clase trabajadora, hoy menos oprimida por obra de la organización proletaria, floreciente ésta, menos en España que en otros países, mas, al fin y al cabo, con evidente pujanza, siquiera no sea todo lo recia que puede y llegará a ser.

Tiene una lógica explicación—insistimos—que la clase capitalista se defiende taimadamente, tenazmente, egoísta y hasta bárbaramente. Son muchos siglos de privilegios de castas; son muchos siglos de posesión del dominio sobre hombres y cosas; son excesivamente seculares las aberraciones de una sociedad que de los preceptos cristianos ha hecho ganzúas para entrar en el reino de los Cielos, porque, no ahita con el disfrute de los bienes terrenales, ha querido creer en la existencia de un reino celestial, prolongación de la celestial vida terrestre, reino en el que vivirán más felices aún, pues tienen por seguro que por allá no tropezarán con reclamaciones de la clase trabajadora, condenada ésta a una vida terrestre infernal, amonestada con una supervivencia eterna entre crujir de

huesos, rechinar de dientes, chisporrotear de leños ardientes y sartenazo constante de diablos, diablillos y endemoniados.

Supone bien la clase capitalista al suponer que no se encontrará con nosotros en la corte celestial. Somos menos egoístas que ella: para en la tierra, pretendemos una vida humana, noble, de distribución del trabajo, del disfrute de todos los derechos inherentes al fundamental del derecho a la vida; para la vida eterna, les decimos: ¡Todo para vosotros!

Ahora bien, si esa es la posición de la clase capitalista, ¿cómo es posible que existan hombres, nacidos fuera de ese recinto señorial, que se separen de los que son carne macerada por el trabajo, cuerpos yunque, espíritus dolientes con hambre y sed de pan y de justicia social? ¡Inconcebible! ¿De qué raza inferior procede el *amarillo*? Habrá que buscar su génesis en algún animal doméstico que se perpetúa con forma de hombre para afrenta de los hombres. El perro, el gato, participan de los festines y del fastuoso acomodo del amo; el *amarillo* ciega sus ojos con los respladores vigorosos de las luminarias señoriales, aviva su hambre con los exquisitos olores de los manjares con que se nutre el sibarítico señor, recibe las salpicaduras del barro lanzado por el veloz rodaje del carruaje del amo; el *amarillo* vive despreciado por el amo y odiado por el trabajador digno; el *amarillo* es el roedor peligroso contra el cual hay que apresurar la aplicación de medidas de higiene social.

Es más aún el *amarillo*: es escalón en la escalinata sangrienta de las represiones capitalistas.

Así, pues, el *amarillismo* es un peligro social para capitalistas y trabajadores organizados. Para los primeros, nunca será un punto de apoyo permanente, siempre será un instrumento del que se servirá para satisfacer una relampagueante situación temporal de venganza, y como «no es menester el traidor, siendo la traición pasada», satisfecha la odiosa necesidad espiritual del momento, prescindirá, prescinde del instrumento. Para los segundos, el *amarillismo* es el choque sangriento que riega con sangre proletaria cada conquista y que fertiliza la siembra de odios que intensifican las diferencias entre capital y trabajo, con lo cual, si éste retarda su triunfo, aquél se expone a que el triunfo final lleve consigo la represalia.

Estamos ante una nueva celebración de la gran fiesta del Primero de Mayo. Las masas trabajadoras hacen un desfile y pronuncian la eficacia de sus organizaciones, que crecen en número, se afianzan en disciplina y se mejoran en espiritualidad. Van con la mirada en alto, dando la cara al mañana, gozosos. Han luchado y sufrido; seguirán luchando y sufriendo. Pero tienen un día de *hosanna*, tregua para el dolor, remanso para orearse con la

pura brisa del ideal; un día que nada sería si solamente fuese un descanso corporal; pero que es mucho porque es la vigorización de la savia luchadora; es el compromiso honrado de la unión para lograr la implantación del régimen socialista; es la fusión sentimental, la afirmación en el pacto de una solidaridad ante la conciencia universal.

El *amarillo*, en ese día de fiesta trabajadora, en ese día de la esperanza radiante, queda solo. ¡Triste destino el suyo! Nuevo Caín, tendrá que temer por la justicia de los trabajadores insumisos al despotismo de la clase capitalista; eterno Judas, con los dineros escasos con que fué tasada su traición quedará rota la protección del comprador de su conciencia.

Luchad, luchad, trabajadores, contra el *amarillismo*. Contra ello, guerra sin cuartel. Que cada nuevo Primero de Mayo tenga entre las demás eficacias la de haber ido agotando ese virus social. Cambiad de color al *amarillo*. Ponedle colorado.

CÉSAR G.^a INIESTA

La manifestación desfila...

Por las calles burguesas de la villa indolente, cual reguero de hormigas que conduce al granero del Trabajo, los hijos, con banderas al frente, van alegres, erguidos y ademán altanero.

En sus frentes altivas y en sus rostros curtidos vense huellas recientes de humillantes dolores: cicatrices morales de tormentos sufridos; canaletas profundas de torzados sudores...

Y en sus ojos hundidos, de mirar taladrante, en horrible concierto de blasfemia mortal, vense aligeros monstruos de figura espantante, hienas, hidras y dardos: furias de vendaval.

Y es, del odio, el espectro que sus carnes lacera; son saetas que lanzan al que expolia y explota...; es su credo futuro: la igualdad justiciera que suprime la burla del que, cruel, les azota.

Es la ígnea garra que consume y desplaza; es del hombre-piltrafa la creciente ansiedad: es el ojo por ojo del que férreo emplaza a una lucha sangrienta por la humana equidad.

Musculosos y bellos, tras los rojos pendones, lentamente caminan con tesón que enajena, simulando, ante el Pueblo, las obreras legiones el arrastre pesado de una inmensa cadena...

Al compás de su avance, mil cadencias sonoras de sus labios vibrantes fluyen libres y bellas... Racional disonancia que compensa las horas de los rudos trabajos y sangrientas querellas...

Y, en su ritmo confuso, libertarios clamores por los aires se elevan con estrépito horrible, azotando los rostros de espantados señores que creyéronse, el triunfo del Obrero, imposible.

Con apóstrofes fieros, rebeldías innatas, cual mil roncós aullidos de hidrofóbicos canes, que sumergen, truncando, cetros y armas ingratas en las lavas fundentes de candentes volcanes.

Con desgarrros mentales de ficticias creencias que devuelven al hombre venturosos presentes: ansias son que despiertan irredentas conciencias triturando las almas con ignitos tridentes.

A su paso, en la acera y en los amplios balcones de mil regias moradas ostentosas y eternas, los odiosos burgueses ven pasar las legiones cual reptiles que atisban en hediondas cavernas.

Contraídos los rostros y los puños crispados, sobre el mar de cabezas que en su altura dominan, en angustias mortales de animales cercados, con sus ojos de ofidio amenazas fulminan.

Y en sus romos cerebros, con febriles afanes, el despecho y el agio rugen fieros y alternos, madurando, infamantes, terroríficos planes propios de almas posesas de infinitos avernos.

Insensatos proyectos e inhumanos y crueles: carniceros furores de la fauna terrena, que al salir por sus bocas inflamados en hieles las membranas destrizan de sus fauces de hiena.

Pero en rudo contraste con los planes arteros pavorosos instintos agarrotan sus mentes... y ante el lento desfile de banderas y obreros yacen fijos, clavados cual estatuas silentes.

E insensibles y ajenos a las furias insanas que cercenan el alma del burgués haragán, las falangés obreras por las calles urbanas manifiestan su credo con rumor de huracán.

CEFERINO ORTIZ

Zascandiladas y títeres

En donde realizan varios hombres la ineludible misión, que todos tenemos, de trabajar, suele aparecer de cuando en cuando el zascandil.

El trabajo es una necesidad dolorosa que debemos procurar sea dulcificada en el mayor grado posible, haciendo más cortas las jornadas y humanizando cuanto se pueda la rudeza de las tareas.

Todos los que procuren que se cumpla lo antes expresado merecen aplausos.

Pero hay una especie de gente que envenena los momentos de pena a los trabajadores cuando están éstos en sus faenas: los zascandiles.

Trabajadores, es muy doloroso que cuando estáis en el tajo se presente un colega que, mientras no trabaja ni os deja trabajar, os importune con frases mortificantes para alguien u os predique teorías que ni son posibles, ni él las siente, ni es capaz de defenderlas como no sea así, como en tinieblas, entre vosotros, pocos, no a la faz y ante la atención de todos los trabajadores.

Al zascandil todos lo conocemos. Es un enfermizo producto de nuestro tiempo, mejor diríamos que es un parto engendrado por nuestra cobardía. Porque a lo mejor veis a un Fulano de esos que aunque tiene su oficio no está en él y, en cambio, siempre anda de aquí para allá, arriba y abajo; si preguntáis ¿dónde trabaja ese Fulano?, acaso no se os pueda contestar en verdad, porque el que suele estar en todas partes y a todas horas, ¿en qué trabaja?, ¿cuándo trabaja? Tendrá su oficio, pero su tarea se la hará otro.

Esa clase de gente es muy perjudicial, y lo es porque si uno resignadamente se aviene a realizar la obligación de trabajar, al ver a un zascandil de esos nos sentimos indignados y perdemos el poco gusto con que pudiéramos estar realizando nuestro cometido. Y no es la envidia que nos asalta, no es que deseáramos ser como esos Fulanos, no; porque convencidos, como estamos, de que es necesario trabajar, lo que nos ensoberbece es la desfachatez de que los que no trabajan, debiendo hacerlo, en lugar de ello, paseen su ostentación ante nosotros, como alardeando de su condición y denigrando la nuestra.

Y si la presencia de esos zascandiles es bochornosa cuando estamos trabajando, lo es mucho más cuando acuden a nuestras organizaciones; porque durante el trabajo, entre los proletarios, sólo hacen zascandiladas, desempeñando el papel de esos famosos *metesillas* y *sacabancos* de que se habla; pero dentro de las organizaciones hacen títeres, y muchas veces, en esos títeres, dan algún salto mortal, aunque no para ellos, sino mortal para la organización.

Debiera haber algún lazareto a donde llevar a esas gentes, porque de seguro son enfermos; ahora bien, que son enfermos contagiosos, y a quienes contagian con su influjo lo desconciertan, lo desaniman, lo hastian o lo pierden.

Muchos apóstoles, demasiados apóstoles de ahora, no son otra cosa que zascandiles, y sus pretensiones y apariencias no más que zascandiladas son.

El obrero consciente, el trabajador que se dé cuenta exacta de la grandeza que supone el esfuerzo que él realiza, que observe la amargura con que él produce para los demás, comprenderá que quien deja de trabajar, estando entre los que lo hacen, es por huir de esa amargura y buscar vida más apacible. No nos referimos aquí a los que ocupan cargos de representación en las organizaciones, porque esos también, si no en su oficio, en el beneficio de todos trabajan y además sufren, y sufren más porque junto con las miserias de ellos tocan de cerca las de sus compañeros. Nos referimos a los hombres-títeres, a los capitanes-araña, a esos que sin arrostrar la responsabilidad de representar

a sus compañeros organizados para defenderlos y defenderse, claro está, gustan del misterio, de la murmuración, huyendo, como los murciélagos, de la luz para que no sepan a ciencia cierta si son aves o mamíferos.

Exactamente como consideramos enemigos nuestros a los burgueses, porque consumen y no producen, hemos de considerar enemigos a los que, llamándose nuestros compañeros, no pueden enseñarnos pruebas de su trabajo.

Trabajadores, debemos acabar con los títeres y con los zascandiles. No los exterminemos: curémoslos haciéndoles trabajar.

EL EX-338

CON MOTIVO DE UNA DENUNCIA

Desprendimientos y rasgaduras

Toda la Prensa burguesa lo ha publicado. Trátase del *desprendimiento generoso* de nuestro excelentísimo señor alcalde presidente en virtud de la denuncia hecha por nuestro compañero Saborit. Ahí es nada: ¡mil pesetas a repartir entre las Casas de Socorro de la municipalidad! Esto es todo lo que dice la Prensa; pero lo que se calla u oculta es la valoración y cuantía de los pinos: 3.000 y pico del Parque de Madrid y 1.000 corridos del Parque del Oeste... amén de algunos de la Dehesa de la Arganzuela: unos *cuantos de miles de duros*, que decimos los enemigos de la Aritmética.

Aunque detractores del escándalo, nos vemos en la necesidad de escandalizar dando la voz de alarma. De seguir este procedimiento *traslaticio* de plantas que se observa, en breve se quedará el Ramo de Parques y Jardines sin un arbusto y sin una hoja, pues no es este el único caso en que un personaje político se siente filófago... Sabemos de muchos otros que, si no en tan gran cantidad, también se han llevado lo que pertenece al pueblo por derecho propio. Entre éstos figura, en primer lugar, la manceba de un ex alcalde y ex ministro liberal *alhucemático* y *heliogabalesco* que padece monomanía por las *queneias*, a quien tiemblan como hojas impelidas por el viento en la Jefatura del Ramo.

Y estamos dispuestos a no tolerar que ese despojo de plantas siga por más tiempo. Los obreros organizados del Ramo de Parques y Jardines lo impedirán fiscalizando la salida de plantas, aunque sea a despecho de esa minoría edilicia que ahoga en protestas de adhesión el *yo peque* afónico de un espectro...

CACHIPORRA

Quién es compañero

(Recuerdos de un gran amigo).

Era viejo, muy viejo, y muy conocedor de los hombres.

Había sido un gran luchador.

Jamás dejó de ser rebelde: aun en sus últimos instantes, como fuera a despedirse de él un traidor, sobrevivió lo necesario para increparle.

Este hombre me había dicho diversas cosas de sumo interés.

Recordaré algunas:

«Desconfía de aquel que jamás pide ayuda a nadie: el que evita pedir ayudas es incapaz de prestarlas.

«El que se cree capaz de resolver por sí solo todos los problemas que se presentan, aunque sea en la vida vulgar, es casi siempre un egoísta, y las menos veces es un iluso: ninguno de los dos son útiles a la Humanidad.

«Estáte prevenido contra todo desconocido; pero mucho más lo estarás contra los que te conozcan mucho, porque éstos, precisamente por conocerte más, pueden atacarte en un momento determinado por el sitio que saben que tienes más débil. De aquí que la traición sea siempre más perjudicial que la agresión.

«El tener una persona en quien confiar y con quien explanarse en toda la extensión que nuestra espiritualidad requiere constituye acaso el mayor placer del ser humano; y como los placeres son tanto más intensos cuanto mayor trabajo nos costó satisfacerlos, hallamos la deducción de que el encontrar esa persona a quien confiarnos es muy difícil; de aquí lo perjudiciales que resultan las intimidaciones espontáneas o poco meditadas. Piensa bien y de continuo que todo hombre es como de cera, moldeable entre el calor de las circunstancias.

«Odia al hombre que entre sus conocidos propale la difamación. El difamador, por regla general, suele hacer escarnio, pues se presenta como protector de aquel a quien difama; en eso consiste su especialidad, a diferencia del contrincante, que noblemente se presenta ante su adversario sin ocultar su deseo de dañarle. El difamador es el que emboscado cobardemente hiere a su víctima sin que ésta se dé cuenta hasta que el daño es irreparable. Además, todo difamador es fatuo y bajuno; y hombre que procura rebajar a sus semejantes, para así poder sobresalir por encima de ellos, carece de la grandeza de aquel que, elevando a los demás, logra ser elevado en el conjunto de ellos.

«Recela de todo aquel que no suele asistir a las reuniones en que sus similares ventilan las cuestiones que les atañen. O es un soberbio a quien le tienen sin cuidado sus semejantes, o es un despre-

LA PAZ SOCIAL



Por los caminos...

ocupado con el cual no se puede contar. Pero merecen más recelo aquellos que en público se presentan como bondadosos y reparadores de daños, cuando en privado son incapaces de ejecutar lo mismo que aconsejan.

»La hipocresía suele disfrazarse tan a la perfección que cuesta trabajo distinguir al hombre sincero del hombre impostor o engañoso.

»Jamás te fíes de la bondad de quien tiene una posición más holgada que la tuya. El de buena posición mira a los que no la tienen como protegidos suyos, no en la agradable modalidad de la protección, sino en la forma depresiva de tenerlos como subordinados. Por eso el sirviente que halaga a su amo es, en general, bienquisto de éste, aunque el sirviente que halaga externamente desee en su interior el exterminio de su amo. Y, aunque sirva mal, si halaga, será más preferido que otro sirviente más laborioso, pero menos zalamero.

»Atravesamos instantes en los que todo se cotiza. Si careces de valor, de energía, de constancia, de tenacidad, te quedarás convertido en hombre piltrafa. Serás pisoteado no solamente por los que estén sobre ti, sino por cuantos te rodeen.

»Como la tenacidad no es posible si no hay un apoyo, y la tenacidad en el hombre requiere el apoyo de la idea, si no tienes ideas, eres un semi-hombre, o ni casi hombre, un cadáver que come, respira y demás, como un trasto.

»Lo que más nos distingue del resto de los animales es la suprema actividad de la idea; si no hacemos uso ella, ¿para qué aparentar ser hombres?

»Cuando exteriorices la idea y no te la combatan, piensa mal de tu idea: o es rematadamente mala o inútil, o no te prestan atención y te desprecian, o no quieren aparentar que la toman, para atacarte al descuido.

»De aquí que observes mucho a los que te acompañan cuando expongas ideas, porque hay dos clases de gentes que nos reden: los acompañantes y los compañeros.

»Para acompañante sirve cualquiera medianamente civilizado. Para compañero hacen falta más perfecciones.

»Muchos de los que están contigo en el tajo son tus acompañantes; muchos de los que comparten tus tareas en el taller son tus acompañantes; muchos de los que estén contigo en cualquier lado que trabajes acompañantes serán tuyos, que compañeros tendrás pocos.

»Es compañero el que une su suerte a la de los demás.

»Lo es aquel que se sacrifica por no perjudicar a otro.

»Es, asimismo, compañero el que goza con el bien ajeno; es decir, el contrario a la definición que dice que envidia es la tristeza del bien ajeno. Por

eso es compañero también el que sufre ante el dolor ajeno.

»Es compañero...»

No sigo.

Recuerdo demasiadas charlas de aquel amigo mío que no son para traídas hoy a cuento: amargarían la placidez de muchos, y hoy es día para desear que se aumente la placidez.

Corrijámonos. Es el Primero de Mayo. Olvidemos rencillas y penas.

¡Viva la fraternidad!

RICARDO FRANCO

EL INCENDIO

Una noche, ya de vencida, nos despertó un tremendo alboroto de golpes, cornetazos y gritos.

Desde la ventana de nuestra buhardilla inquirimos: era todo ello frente a nosotros.

Por un momento cruzó por nuestra mente el recuerdo de Nerón.

En verdad que aquel degenerado debió soñar un espectáculo tan sublime que lo sugestionó de tal modo que, por volverlo a contemplar, incendió a Roma para recrearse la vista recordando lo soñado.

En verdad que el fuego, metiendo sus rojas cuchillas por dondequiera, desenfrenado, en una orgía de chispazos y fulgores, es grandioso y sobrecoge y hasta nos suspende la actividad contemplándolo.

Eso había ante nosotros: un incendio, pero formidable. Una manzana entera ardiendo por cien partes a la vez.

Las techumbres se derrumbaban con estruendoso estrépito, levantando un torbellino centelleante de humo y luz.

Siniestramente alumbrado por la hoguera, el interior de una estancia empavorecía: gentes corriendo de un lado para otro, enloquecidas, brincando, gimiendo, retorciéndose entre el más bárbaro suplicio imaginable.

El fuego estaba ante nosotros, pero su contemplación nos helaba la sangre.

Sobre los muros aún erguidos, recortados por la lumbrarada, se veían figuras andando de aquí para allá: como creaciones dantescas o endemoniadas, parecían volar sobre el abismo.

Aquellas figuras llevaban ropajes que fulguraban en ocasiones; aquellas figuras, que parecían incombustibles y que desafiaban al terrible elemento, no cesaban de moverse. Parecían como entregadas a un combate contra fantasmas.

Una de aquellas figuras penetró en la estancia en que nosotros veíamos retorcerse a otros seres; después entró otra y otra, y, cargando con aquellos

seres, desaparecieron. A nosotros nos pareció quitársenos un enorme peso de encima. Luego se hundió el suelo de la estancia; poco después, el techo; al rato desapareció todo en la sima de resplandores.

Y aquellas figuras con ropajes refulgentes no cesaban: se veían aisladas, en grupos.

Poco a poco la claridad fué cediendo, dejando lugar a una humareda.

Por entre la humareda volvieron a verse las figuras de antes, esta vez con hachas encendidas. Ya no corrían, ya estaban menos inquietas, hasta parecían en reposo.

Según amanecía, el fuego iba extinguiéndose, y, ya con sol, pudimos reconocer a los bomberos en aquellas figuras de ropaje refulgente que tanto se debatían durante el siniestro; y retirándonos de la ventana, en nuestro interior, deseamos hacer el más cumplido elogio del bombero, que, desafiando el peligro, sin reparar en su propio daño, acude a socorrer al que está en peligro.

Y el deseo del elogio, con decir lo anterior, ya está cumplido.

33 y 60

EL DIA DE LOS OPRIMIDOS

Es la fiesta de los esclavos el Primero de Mayo, día en que todo es amor, paz y armonía entre los humildes.

Y fijaos bien cómo la clase burguesa ya no se asusta, como ocurría en tiempos pasados, solamente con el anuncio de la gran fiesta del Trabajo, como ocurría en el 1890, que fué la fecha en que empezó a cumplimentarse el acuerdo del Congreso Internacional Socialista de París.

Hoy, afortunadamente, la movilización de las fuerzas obreras es más importante porque ya la táctica de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista vuelve a ejercer influjo bienhechor, ya que el proletariado se va convenciendo de que en Municipios, Diputaciones y Parlamento, donde dominaban a los humildes, hay que ir a evitar ese dominio ejercido contra los trabajadores, los productores de todas las riquezas, aunque luego son los que suelen carecer de todo. Ya ninguna persona, que no sea ciega, se espanta del avance del Socialismo, porque es la razón humana demandando justicia, libertad y renovación de lo viejo. Por eso hoy es un día grande, es cuando mejor se cumple el grito de «¡Proletarios de todos los países, uníos!»

Al ver pasar la manifestación suelen muchos preguntar: «¿Y qué quieren esos hombres? ¿Dónde van tan unidos? ¿Por qué enarbolan sus rojas ban-

deras? ¿Para qué hoy paralizan los talleres, las fábricas y las minas?» ¡Esto no lo preguntarán los que se asustan del control! ¡Ah! Estos obreros son los modernos esclavos que caminan hacia el logro de sus aspiraciones y su completa emancipación. Son los eternos explotados, los que con su sudor, su trabajo y su salud, debiendo enriquecer a la Humanidad, sólo enriquecen a unos pocos, por lo cual permanecen la inmensa parte del año en la mayor miseria. Son estos proletarios los precursores de la sociedad futura, de la sociedad colectivista, del régimen ideal, que estará compuesto sin opresiones ni privilegios, sin odios ni venganzas, sin guerras ni luchas de obreros contra obreros, sin explotados ni explotados...

¡Paso, pues, a los honrados hijos del Trabajo que hoy van como manifestantes! Pasan los socialistas, que indudablemente serán los que han de hacer la transformación social más grande y más honda que registrar puede la historia de todos los siglos, acabando con el régimen de injusticias e hipocrasías para establecer definitivamente el imperio de la armonía entre los seres humanos.

Son los que, adueñándose de la producción y de la riqueza, la socializarán para que todo sea utilizado y empleado en bien y provecho de todos. Son los explotados, los que, en no lejano día, se apoderarán del Poder público para abolir la propiedad privada, para suprimir esa criminal división de los seres en clases sociales, para convertir a todos los miembros de la sociedad actual en *trabajadores*, suprimiendo los vagos.

Y para llevar a cabo esta grandiosa obra civilizadora, la clase trabajadora, el proletariado consciente, trabaja denodadamente, lucha con ahinco y sin cesar, sin radicalismos de momento, pero sí con entusiasmo inextinguible, con fe inquebrantable... Y entonces, un día y otro día luchando sin desmayos ni vacilaciones, propagando sus ideales, conquistando adeptos, organizando las actividades de los compañeros o perfeccionándolas, destruyendo errores o combatiendo indiferencias, sacrificando su bienestar, su reposo, el pan, a veces, de los hijos...

Un día contemplan, tan sólo pueden contemplar, su labor: en el Primero de Mayo, que es cuando los verdaderos luchadores en pro del ideal están satisfechos, cuando ven año por año más grandiosa la manifestación. Esto estimula a los buenos trabajadores a proseguir su labor cada vez con más fe y con más entusiasmo hasta llegar a la victoria, hasta conseguir que el ideal socialista anide en el pecho de todos los obreros de la Tierra.

¡Paso, pues, a los precursores de la sociedad futura! ¡Ni tiranos ni tiranizados, sin opresores y sin oprimidos!

FRANCISCO RUANO GARCÍA

EL PRIMERO DE MAYO

La Fiesta del obrero

De día en día crece el ejército del proletariado, y la fiesta de hoy es como un recuento de esas fuerzas que luchan por la emancipación.

En lo que respeta a obreros y empleados municipales, hemos de señalar la incorporación por completo al movimiento mundial de los asalariados, pues desde el año anterior al presente se nota un incremento asombroso en el número de afiliados, y esto es muy significativo, si se tiene en cuenta la depresión moral que han padecido siempre tanto obreros como empleados, debido principalmente a la forma de ocupar los puestos en el Ayuntamiento, pues la inmensa mayoría, directa o indirectamente, deben al favor el puesto que ocupan, y unos por agradecimiento y los más por el hábito servil, que por desgracia tenemos tan arraigado, se nos figura que debemos estar siempre a merced de nuestro padrino, como entre nosotros se llama al que nos colocó, y ese pensamiento es erróneo, pues si bien es cierto que nos proporcionó el padrino un medio de ganar el jornal, luego no nos da el jornal él, sino el Ayuntamiento, aunque en nuestro fuero interno estemos agradecidos a quien nos hizo un favor, pero sin ligarse toda nuestra vida a la suya.

Afortunadamente, ya se van marcando otros derroteros. Este año es infinitamente mayor el número de afiliados y al venidero será mayor, pues ya nos vamos dando cuenta de que somos tan capaces de organizarnos como los demás obreros y de que con nuestra unión y luchando todos juntos echaremos abajo todo el tinglado de chanchulleros y compadrazgos que han reinado hasta ahora, lo mismo para ingresos que en ascensos y postergaciones (llamémosles premios y castigos).

Ya se ha iniciado por algunos compañeros la conveniencia de una estrecha unión de todos los servidores de Ayuntamientos y Diputaciones, porque todos están en análogas condiciones, y el día que sea un hecho, el día que todos nos demos cuenta de la importancia que tiene para todos la asociación y la sintamos dentro de nosotros, será llegada la hora de poder terminar con estos Ayuntamientos burgueses amparadores de tahoneros, tenderos y demás vampiros de la clase obrera.

Ánimo, compañeros, a luchar como buenos al lado de los obreros organizados.

¡Viva la fiesta del proletariado!

¡Viva el Primero de Mayo!

A. ESTEBAN

FÁBULAS

El ratón campesino y la hormiga

—¡Miserables hormigas! —decía un ratón campesino—. ¿Vale la pena de que afanéis todo el verano para allegar tan poco? ¡Si vierais mi repuesto!...

—Oye—respondió una hormiga—: si amontonas más que necesitas, justo es que los hombres te persigan en tu madriguera, despojen tu granero y te hagan pagar con la vida tu avaricia ladrona.

Los gorrlones

Fué reparada una iglesia antigua, en cuyos agujeros anidaban infinitos gorrlones. Hecha la nueva, volvieron los ausentes a buscar sus nidos y los vieron cegados.

—¿Para qué sirve ahora —exclamaron— este gran edificio? Venid, abandonemos ese montón de piedras inútiles.

LEZING

Los Regulares del Municipio

Tomamos el título que encabeza nuestro artículo no para ensalzar aquellos Regulares que luchan en las inhospitalarias tierras africanas sufriendo mil calamidades, en constante peligro por las terribles enfermedades propias de aquel país.

Los Regulares del Municipio de Madrid son otros: son, en una palabra, los vigilantes sanitarios; son una legión de héroes ante los sufrimientos de enfermedades y privaciones toleradas por ellos, a pesar del irrisorio jornal que disfrutaban, teniendo otras calamidades que no es posible enumerar, porque tendríamos que aparecer como víctimas de una injusta y cruel acción penitenciaria sin merecerlo y sin motivo alguno que pueda justificarlo.

El reuma nos azota, pronto o tarde, con las grandes humedades y fríos sufridos en ocho horas consecutivas de servicio. Los caldeantes baños de sol nos prodigan insolaciones, soportadas a campo traviesa en la vigilancia ambulante, o a pie firme en los puestos. Todo esto puede comprobarse fácilmente viendo las constantes bajas expedidas por enfermedades en las Casas de Socorro y las vacantes por defunción que existen al año, pues es muy rara la quincena que al ir a cobrar no esté presente el consabido cartelito anunciando la defunción de un compañero o dos y el descuento, como es consiguiente, de 25 céntimos por cada uno, para lutos, último homenaje a la memoria del que compartió su trabajo y horas de sufrimiento con los que quedan, que llevarán el mismo camino.

Así es que lo mismo da morir de un balazo o de un ataque de paludismo agudo, como mueren aque-

llos Regulares de Africa, que morir de una pulmonía, un ataque de reuma o una congestión cerebral, el caso es lo mismo: aquéllos mueren por una guerra más o menos justa (para nosotros, injusta), éstos mueren por los intereses del Ayuntamiento o, mejor dicho, del pueblo de Madrid, que es el soberano, y sufren los infortunios con aquella resignación que ofrece la tranquilidad de conciencia de haber cumplido con su deber, estando siempre en la vanguardia, en los puntos estratégicos, donde les designa su servicio, para evitar que puedan perjudicar los intereses que les tienen encomendados a su custodia, despreciando con serenidad las contingencias fortuitas que hemos consignado anteriormente.

Ya sabemos que los vigilantes sanitarios no cuentan con la simpatía de la opinión y que el Municipio no ha recogido ninguna corriente de bondad ni afecto por estos modestos y sufridos funcionarios, a pesar de existir enorme distancia entre ellos y los antiguos dependientes de Consumos y haber también una diferencia de formas para verificar su intervención en los actos municipales, procurando suavizar para el público la molesta gestión que le impone el cumplimiento de un deber de sanidad social, lo que no evita totalmente que se puedan producir pequeños incidentes que, aunque pequeños, ocasionan odios contra estos funcionarios, que no son otra cosa que obedientes representantes del pueblo de Madrid, a quien sirven.

No merecen la antipatía que inspiran. Otros elementos más importantes deben ser objeto de la atención del público: revisar la gestión que tienen encomendada respecto a los bienes comunes de los pueblos no en los de abajo, que son meros cumplidores de órdenes, sino en los de arriba. Cuando el pueblo vota, debe fijarse en quién elige, pues los elegidos son los que mandarán luego, y si mandan mal, recaerán las culpas en quienes menos las merezcan.

Si se diesen cuenta los contribuyentes de que pagan más de lo debido porque los mismos que eligieron lo mandan, no se enemistarían con nosotros, sino con quienes ordenaron el cobro de tributos. Si se cuidasen de evitar los grandes males, el caciquismo y el proteccionismo, que eleva a personas ineptas y de dudosa conducta para desempeñar cargos que debían ser ejercidos por hombres de una honradez intachable, no tendrían luego que lamentarse. Y puesto que el pueblo es el soberano y el ciudadano el que manda, nosotros les decimos: aquí hay una legión de Regulares: elegid mejores gentes, que la misma obediencia que prestamos a los que hoy nos mandan se la brindaremos a los que nombréis, con la diferencia de que con mejores mandatos ejercitaremos más a gusto nuestra misión.

ÍÑIGO SALAZAR

En la meta

... Era un viejecico escuálido y ganchudo, de rostro simpático y venerable, poblado de nivea pelambre, martirizado por las huellas del Tiempo y el Dolor. Llegó a mí triste y abatido, con torpe andadura y apagada mirada, encorvado, aún más, con el peso de un fardo que llevaba sujeto a la espalda: todo su ajuar, andrajos sobre andrajos, como el resto del indumento. Dióme los buenos días y, desembarazándose de la carga, tomó asiento a mi lado.

No se hizo esperar la conversación. Veíanse al hombre ganas de charlar, de desahogar su pecho desgarrando el misterio de su vida y, ante mi traza de asalariado, quísome referir la historia de sus amargas andanzas. ¡Estéril deseo! El hombre no podía balbucir palabra completa: lágrimas como puños se deslizaban raudas por sus mejillas, despeñándose por los hilos de plata de la barba, y sus labios, trémulos y exangües, expulsaban las palabras, torpes, silabeantes, rotas por los sollozos. Compenetrado de su dolor, dióme pena profunda y le atajé emocionado:

—No te esfuerces, y venerable anciano; conozco el secreto de tus dolores. Tus lágrimas le denuncian cruento y amargo; es espinoso como tallo de rosal y posee el sabor de la flor de la jara. Reposas y escucha:

Tú fuiste, en un tiempo de mariposa, la flor galana de coloridos tonos. Tus cabellos eran negros como la endrina; tus mejillas, dos ababoles; tu brazo, fuerte como la encina, y tu figura, armónica y enhiesta como el huso... Todas las manos estrechaban la tuya, varonil, incrustándose, temblonas, en la endurecida epidermis de la palma; el Amor y la Vida te ofrendaban sus coronas con sonrisas seráficas, y tu garganta, gozosa, se deshacía en sonidos como ruiñeñor en la arboleda... Era la hora de oro de tu existencia. Nada te detenía ni arredraba. Bello y varonil te exhibías en las fiestas marcando tu maza en el testuz del toro, derribándole de la puñada fortísima proclamando siempre la pujanza de tu brazo férreo, o bien, enamorado, te esfumabas entre el celaje nocturno de las callejas, comiéndote a besos, como restallos, las frescas mejillas de la mozuela que se sangraba de amor por las heridas de las agudas saetas de tu óptica aljaba...

Ciego mirabas al Sol, cegándole. Ponías la altivez del gladiador y la ternura del amante. Eras palomo y gavián.

Pero aquel tiempo fué un tráfuga engañador y tu lozanía se marchitó como los pétalos de las flores en el otoño. Súbitamente te encontraste viejo y achacoso; fué el día en que te despidieron del trabajo porque no dabas utilidad al patrono. ¿Re-

cuerdas? Aquel día notaste cómo había caído sobre tu cabeza la nevada del tiempo y tu mente rememoró lejanas actitudes. Quisiste imitarlas, engreído en el pasado, y ¡vano empeño! Tu paso torpe tuvo que requerir el auxilio de un cayado y tu cuerpo adoptó la forma de una muda interrogación espectral, y, desengañado, el llanto anegó tus ojos, mientras que, desesperado, mordiste los puños de impotencia. ¡Era el ocaso de tus energías! Y pensaste. Nunca lo habías hecho y ¡nunca lo hubieras hecho! Miraste en tu redor y te hallaste aún más viejo y achacoso: todas tus amistades, la de los tiempos pretéritos, habían desaparecido, segadas por la que llamas con tanto ahinco; tu familia habíase disgregado, emancipada, con el yugo matrimonial, y los jóvenes que viste nacer, hijos de tus amigos, se mofaban de tu cuerpo medio plegado, olvidando que eras su espejo desazogado... ¡Cuánta ruindad!

Triste y dolorido requeriste amparo al que dejaste las energías de los años mozos metamorfoseadas en brillantes monedas, y, ¡sangriento desprecio!, el hombre, en ademán iracundo, te mostró la puerta, volviendo la espalda; recurriste a los tuyos, como tabla salvadora, a aquellos que diste el sér, y los tuyos te abrieron sus puertas de par en par..., angustiados, como cosa obligada... ¡Les llevabas el hambre y la miseria! Ya no tenías ni el amor de los tuyos: el egoísmo y la situación le habían destrizado: ¡eras una carga pesada!... ¡¡Canallas los que tal piensan!!...

¿Lloras, adorable anciano? No llores, ídolo de la Vida, no llores; habio tontadas, esta no es tu vida...; pero, sí, querido, llora; tu alma, ahita de recuerdos dolorosos, necesita paliativos consoladores...

Un mal día hiciste un hatillo con unos harapos y, huyendo de tanta vileza, dejaste a los tuyos. Fué un mal día por la fuerza emotiva del momento. De entonces acá has recorrido el país, este país indiferente a tu miseria, incesantemente, errante, sin hogar, como caracol humano, en pos de un refugio a tu desvalimiento.

En tu peregrinación hambrienta has sido azotado brutalmente con las zarzas hipócritas de la crueldad humana; los asilos te han cerrado las puertas; los hospitales no tienen camas para tu dolor; has removido los estiércoles, afanoso e inquisitivo, los días de forzado ayuno entre la indiferencia de las gentes; has pordioseado, en vano, un trozo de pan, y el monstruo humano ha profanado tu cadavérico rostro con el horrible latigazo del «Dios le ampare, hermano». ¡¡Hermano!! ¡Ah, los hijos espurios que creen y confían a un sér desconocido el socorro de los necesitados!

Has implorado la caridad de tus semejantes y has sido vejado, mirado con asco; nadie ha visto

que tu cuerpo famélico tiene más hambre de cariño que de pan, con ser mucha. La tuya es una peregrinación de amor y reposo; serías capaz de robar a un niño las caricias de la madre...

Callo, bondadoso anciano, callo por no serte más doloroso y porque tú lo quieres. Acalla el hambre y aplaca tu sed de amor. Tu alma de niño en mí tiene todas las ternezas, todas las caricias, todos los amores que la han negado, todas las alegrías que necesita... ¡Sollocemos juntos, venerable anciano!

.....
Ve bien, entrañable anciano, si conozco el secreto de tus dolores. El tuyo es el de todos los viejos, el de todos los obreros de tu edad: es la insospechada meta del trabajador.

FRAY COLMENA

¡SALVE, MAYO!

Ha llegado Mayo, el mayo idílico de la Naturaleza; el mayo de los hijos del Trabajo; el de los hombres humildes y anónimos de callosa mano, rostro bronceado, figura triste y curvada espalda por la incesante explotación del bárbaro hastial, avaro detentador de las energías físicas humanas; el de los que sin hogar propio están a merced del que le expolia y tunde en el trabajo; el del que paga un odioso tributo de sangre a una ficción antropófaga; el del que padece hambre de amor y sed de justicia; el del que sufre los agudos dolores morales de la desigualdad social; el del que se retuerce en la agonía lenta de la impotencia; el del que tiene el alma destrozada por la opresión agiotista, calculadora de la bestia humana; el del agotado físicamente; el del luchador; el del rebelde...

Ha llegado Mayo, el mes símbolo de la Vida y el Trabajo, fraterno, amoroso y soñador, con su eterno florido poema y su filial fiesta universal del Trabajo, extendiendo por doquier el etérico y saluftífero cendal de la vitalidad...

Ha llegado, ha hecho su periódico retorno anual; pero este mayo, para bien de la Humanidad, no será al igual de otros anteriores. En este mayo, los hombres de fe en el porvenir, los oprimidos por los férreos y monstruosos tentáculos succionadores del antihumano pulpo capitalista; todos los que tienen la materia corpórea y espiritual dolorida, llagada y sangrante por las cruentas lacerias de la lacra social troglodítica que los esclaviza; todos los seres que aguardan con ansia tantállica el rasgamiento del cáliz aprisionador de los multicolores pétalos de la divina y preconcebida rosa filial de la Humanidad, sin defecciones ni deserciones ridículas y vergonzosas, se agruparán bajo la bandera

monocolor, enseña sacrosanta del Ideal fraternal y equitativo, estandarte purpúreo nimbado con los luminosos rayos del sol de la armonía humana, pa-bellón universal desnacionalizador del hombre de paz, panal atrayente y fascinador trabajado pacientemente y tenazmente con las flores espinosas del martirio por las abejas del Trabajo para levantar, potente y viril, al unísono, la voz de la conciencia trabajadora frente a la concupiscencia de la podre capitalista.

¡Ha llegado Mayo, hermano trabajador, y con él tu fiesta, la nuestra!

¡Salve, Mayo!

COLMENERO

EL ORO DE LAS CLOACAS

En verdad que nos causa tristeza el hecho de saber que carecemos de la prodigiosa fantasía necesaria para saber exponer el cuento irreal que parece deducirse del título.

No tendrá nada de cuento ni menos de fantástico lo que aquí se narre; pero nuestros compañeros de Fontanería-Alcantarillas sí tendrán recuerdo de este Primero de Mayo.

No podrán estos compañeros figurar todos en la solemne manifestación de protesta que la clase trabajadora formula en este día: no podrán todos porque muchos de ellos estarán entregados a su depresivo menester.

Mientras el resto de las fuerzas proletarias cruce la ciudad, bastantes desdichados permanecerán bajo tierra, reclusos en las inmundas galerías donde va a parar toda la podredumbre que la vida va entregando como rédito a la muerte.

Sumidos en la alcantarilla llegarán acaso hasta ellos los sonos de *La Internacional* como ecos de siniestros fantasmas que chillaran en los absorbedores.

Acaso sentirán temor por lo que les pueda pasar a los de allá arriba. Hechos al sufrimiento, temerán por los demás y no por ellos. Como seres malditos permanecerán entre las tinieblas de las cenagosas galerías sin más distracciones que las repugnantes ratas que se entrecruzan con ellos.

Como nuevos y míseros esclavos, reclusos en su horrible ergástula, chapotearán entre el fango, y ¡cuántos ignorarán el suplicio de los acorralados por la más asqueante y copiosa de las suciedades!

La cloaca que todo lo recoge es torrente en muchos lados que arrastra a millares los gérmenes de todas las infecciones: a esto más están expuestas esas gentes, que, como realizan sus tareas ignorándolo todos y sin la presencia de nadie, también nadie repara en la magnitud del sacrificio que hacen.

Hombres de la ciudad, damiselas perfumadas, una vez al año os aconsejan que comulguéis para saber de la grandeza de un dios. Yo, si en mí estuviera, también os haría ver, pero una vez no más, esta otra grandeza de lo infecto y pestilente para que en vuestros pechos ardiera el amor por los seres que allí están: mejor ejemplo que la más

elocuente plática de abad y mejor ejemplo que el más sublime éxtasis que os sugieran.

Hay muchas gentes que empezaron a trabajar allí. Algunas de ellas pudieron vencer el nauseabundo aprendizaje acordándose de que allá arriba, en un desmantelado cuarto, había pequeñuelos pidiendo pan; y aguantaron, y al cabo de horas y horas, de días y días, por estar entre inmundicia, les dieron dinero: he aquí el oro de las cloacas.

Pero muchos de los que empezaron no pudieron dominar su asco. Allá arriba también, había seres queridos pidiendo pan. Pero ellos no pudieron obtener el pan por un procedimiento tan abyecto. ¡Que sería de éstos! Se cuentan muchas cosas. Algunos fué menester sacarlos desvanecidos; otros, por el contrario, se marcharon como locos; y no les enloqueció, de seguro, el espectáculo, por más que capaz de ello es muchas veces; acaso les enloqueció el pensar en que una civilización que tanto se estima de buena debiera ya haber perfeccionado esa clase de trabajos para evitar el martirio de los hombres que lo realizan.

Sepultados entre la miseria, naufragos en la ciénaga, si vuestros tormentos son desconocidos, un camarada vuestro, en el día de hoy, da la voz de alerta. No porque realicéis una misión oculta deje nadie de saber lo que representa.

Por esas galerías por donde marcháis como sonámbulos se va todo el derrumbamiento de la vida; por ahí también, con más rapidez, se va yendo la vuestra. Morís lentamente y nadie ve lo trágico de esa agonía. Hasta que no consigamos dignificar más ese trabajo es preciso sacar a luz todo lo que tiene de repulsivo, que se sepa que hay seres entregados a una tarea de las más inhumanas de la tierra. Así como hay opulentos hermanos que se afrentan al ver que se le acerca otro hermano sucio y harapiento porque no supo enriquecerse, así nosotros, con las miserias de nuestro cometido, afrentemos también a esos otros que se llaman hermanos nuestros, a los burgueses, recordándoles que, como se adueñaron de todo el oro, sólo quedó para nosotros la cloaca.

R. F. S.

La decencia pública o Policía urbana

Un buen amigo nuestro acaba de volver de uno de sus frecuentes viajes al Extranjero, y esta vez llega en situación de juzgarnos peor que otras veces. Se hace la advertencia previa de que no es español, y también se hace la de que profesa un gran cariño a nuestro país.

Se trata de un hombre que ha permanecido largas temporadas en las más populosas ciudades de Norteamérica, que se sabe de memoria las principales capitales del Viejo Mundo. En resumen, que tiene base para poder entablar juicios comparativos.

Pues bien: ahora no le sorprende que en el centro de Europa se estén atareando los prohombres de todos los matices de ideas por resolver los arduos problemas que la Gran Guerra y la post-guerra han planteado. El entiende que entramos en

una civilización nueva y que hemos entrado de repente, por sorpresa, sin preparación suficiente para ello. Y ha escuchado de labios de personas cultísimas que Europa necesita de excelentes cerebros y de un concurso muy considerable de gentes para seguir un camino por el que va casi al acaso.

La preocupación en esos países se la explica, y, no obstante, confiesa que no se exterioriza.

Sin embargo, todo lo elemental, todo lo que la vida ciudadana requiere de mecánico, lo tienen resuelto ya. En cambio, ve en nosotros una despreocupación excesiva, revelada hasta en los menores detalles.

En ningún país constituye ya problema el asunto de la circulación viaria. Aquí, por el contrario, observa que la calle es el campo experimental del más absoluto de los desenfrenos.

En ninguna parte encontré en la necesidad de protestar porque le cayesen objetos u otras cosas desde los balcones. Aquí los halla no ya convertidos en jardines, sino en tendederos y lugares de aseo.

Y eso que jamás vió que los agentes de la autoridad estuvieran en ocasiones con la abundancia que aquí los hay.

Atribuye todo nuestro desaseo urbano a la falta de capacidades directrices.

Desde luego, afirma que son necesarias muchas y muy diversas condiciones para ejercer debidamente una inspección reguladora de las costumbres urbanas.

El muestrario de ropas tendidas en los balcones que muchos días ofrecen muchas calles obedece a que las casas están faltas de sitios adecuados en donde tender, y por eso es inútil que el guardia municipal se esfuerce en que desaparezca ese defecto, pues habría que empezar por dotar a todas las viviendas de amplios patios o azoteas capaces en los que poder satisfacer aquella necesidad.

Es inútil, asimismo, creer que por la presión de ser multados por el guardia habrán de desaparecer esos míseros conatos de jardín que representan los tiestos en los balcones. Háganse jardines, arbolense las calles, y el vecindario, satisfecha su ansia, no sentirá el deseo de tener ya cerca los arbustos.

¿Y en cuanto a la circulación? Es imposible hacerse obedecer. El viandante, que ya de por sí no es influyente para hacer su *real gana*, siempre tiene a quien recurrir para que la multa que le fuere impuesta por el guardia sea condonada. De esta manera, ¿qué guardia encuentra estímulo para cumplir con su deber? Generalmente, los encargados de ordenar lo debido sólo se preocupan de hacer que lo que fuere debido no se cumpla.

Y lo que se dice de viandantes se agrava al referirlo a los carruajes. Se les obliga a pagar las

multas de las infracciones a los conductores o chóferes, cuando lo más lógico es que pagasen los ocupantes del vehículo, porque no cabe duda que el ocupante es el que manda, por decirlo así, y si el conductor va en carrera desenfrenada, será porque el ocupante quiera, y si camina por mal sitio, igualmente será culpa del ocupante, y si no, recordemos a Saint-Aubin, que, cuando tomaba un coche y el cochero se veía en la precisión de fustigar al caballo, acto seguido abandonaba el coche. Bien conocido era ya de los cocheros y bien se guardaban éstos de no maltratar al ganado yendo en el vehículo Saint Aubin.

Pues si todos fuéramos de esa manera de ser, lo mismo se podría evitar el maltrato de las caballerías que el desbarajuste en las marchas. Pero no, aquí, basta que un señoritingo se encuentre por casualidad en posesión de cinco duros para que, tomando un *auto*, se crea que todo el mundo es suyo y ordene al conductor que eche a la cuarta velocidad o a la quinta, si la tiene. Y eso no es función que hayan de corregir los guardias. Es el pueblo.

A este punto, contaba nuestro amigo un caso presenciado por él en Manchester.

Acababa de llegar a un hospedaje de tercer orden un español pobre que iba a ser colocado. Estando aún sin desaviarse del viaje recibió un recado de que se presentase en seguida en la casa en donde le iban a emplear. Se acababa de lavar las manos y no estaba allí el recipiente para el agua sucia; y como el criado dudase en lo que debía de hacer para cambiarla, el español le dijo, señalando a una ventana:

—Tire ese agua por ahí, hombre, que no lo ve nadie.

—Lo veo yo y basta—le contestó el criado, que salió, volviendo al poco con el cubeto para vaciar el agua sucia.

Pues eso: si todos los españoles fuésemos así, como aquel criado inglés; si llevásemos dentro de nosotros el espíritu de rectitud que es indispensable en la vida moderna, no pediríamos a los guardias municipales que realizasen tantas correcciones que debieran ser evitadas por el propio vecindario, por el propio individuo.

Y como ese amigo extranjero ve que no adelantamos nada en ese sentido, en el del bienestar callejero, es por lo que con honda pena para él, porque nos quiere, siente que de una vez no acometamos la implantación de una verdadera policía urbana. Bien entendido que él disculpa a los guardias y atribuye la rémora a la organización: vamos, a defectos emanados de más alto.

UNO QUE LO FUÉ

Imp de F. Samarán: Embajadores, 64.—Tel. 14-51 M.